

## Una Visión de la *Visión Delectable*

Esther Gómez Sierra

Universidad Complutense, Madrid

Sobre la *Visión Delectable*, escrita por el bachiller Alfonso de la Torre hacia 1440 (Crawford, 1913 a, p. 58; Salvador Miguel, 1977, p. 209, n. 11), puede ser provechoso sugerir aquí un par de atractivas cuestiones que los estudios precedentes no han llegado a desarrollar.

**Forma y género.** — Nuestra propuesta — nuestra visión — comienza por efectuar un ligero desplazamiento de la dominante, entendida esta como factor que rige el sistema del texto, ya que «(u)ne même oeuvre peut également se laisser saisir sous les aspects de divers genres» (Jauss, 1970, p. 83). Tales etiquetas se le han aplicado a la *Visión*: «enciclopedia en forma de novela alegórica» (Menéndez Pelayo, 1974, p. 471, n. 2; Curtius, 1955, p. 755); «enciclopedia» científica a secas (Menéndez Pelayo, 1943, p. 196); «resumen enciclopédico del saber medieval» y «cifra de la historia cultural de occidente hasta el siglo XV» (Rico, 1986, p. 101)... Dejemos ahora aparte el aspecto que por lo visto suele prevalecer, esto es, el hecho de que la *Visión* aglutine una gran masa de saberes extraídos de fuentes diversas — fuentes estudiadas sobre todo por Crawford (1913 a y b) —, y fijémonos en otro que apunta tímidamente: ya el mismo Crawford consigna, entre otras afirmaciones análogas, que uno de los personajes «states in dialogue form twenty six propositions» (1913 b, p. 195); Menéndez Pelayo, quien primeramente vislumbra en la *Visión* rasgos narrativos que la aproximan al género novelesco, se retracta después, «por más que [la obra] se desarrolle en forma de coloquios y aparezcan personificadas» las virtudes y las artes liberales. Desde el punto de vista de este crítico, «el fin didáctico se superpone al estético» (1943, p. 196).

Sin entrar a discutir el juicio de valor, frente al que en principio no tenemos nada que objetar, nos interesa recoger estas afirmaciones y confrontarlas con la lectura del texto que hemos llevado a cabo. En nuestra opinión, la forma es total y abiertamente dialógica: el principal protagonista, Entendimiento, recibe las enseñanzas de varias ideas y nociones, personificadas como él (*alegoría*). Con las artes del *trivium* y del *quadrivium*, con Razón, Sabiduría y Naturaleza, con las virtudes cardinales y con Verdad entabla conversaciones en las que plantea sus dudas o bien discute aspectos concretos de la doctrina expuesta; es decir, da pie a largos parlamentos de las sucesivas interlocutoras-maestras (Castro, 1950, pp. 343, 344, etc; citaremos siempre por esta edición, teniendo presente el aviso de Morsello (1965, p. 703): «Plagued by errors this edition must be used with care») o a encontronazos polémicos no carentes de cierto gracejo agresivo. Sabiduría pregunta «¿Has visto este ejemplo?»; el Entendimiento dice «Sí; de todo me place, sino de una cosa»; demanda la Sabiduría «¿Aún no eres salido desta modorra?», y añade «¿No has visto, bestia, que el hombre bien lo hiciera...», etc. (Castro, 1950, p. 363).

Ambos tipos de discusión remiten al modelo real de la disputa académica, medio de acceder a los conocimientos y de ponerlos a prueba (Huizinga, 1987, p. 184). Añádase que el sistemático recurso a la personificación hace casi inevitable el uso del diálogo, que en el contexto alegórico sirve para representar de modo material las confrontaciones, fricciones y puntos de coincidencia susceptibles de darse entre los diversos conceptos — acordémonos de la *Psicomachia*. Y añádase también que, respecto al príncipe de Viana, joven destinatario del libro según todos los estudiosos (ver dudas y solución señaladas por Amador de los Ríos,

1969, p. 47, n. 1), el diálogo, «dulce manjar», haría o intentaría hacer más digerible el contenido didáctico.

La importancia de la forma dialogada se manifiesta también en aspectos de fondo sobre los que conviene insistir; el principal, la evolución y el progresivo aprendizaje, casi de *Bildungsroman*, que Entendimiento experimenta hasta llegar a admitir sin reparos que ha quedado plenamente persuadido gracias a los argumentos de Razón y a las pruebas irrefutables que Verdad le presenta (Morsello, 1965, p. XXVI: «The beauty of the *Visión* lies in the final pages when the child understanding progresses from Issidorian summaries of encyclopedic information to the vision of the good life, which is the continuous theme of the book. Just as he ascends the «monte sagrado» physically, he ascends ethically...»). El propio Entendimiento, al principio de la *Visión* un desvalido niño, se encarga de ir reflejando con sus palabras o con su conducta como personaje ese progreso: «alabado será el rey de la gloria, que me ha librado de tanto género de groserías» (p. 362); » yo no estoy ahora en la disposición que primero estaba, ni me ruedan las semejantes fantasías por la imaginación» (p. 377); véase su actitud en la p. 386, donde asume una función activa al proponer temas y dirigir la discusión. En la p. 387 resulta ser un receptor impávido, algo irónico, de los terribles insultos de Razón; no es la actitud de un tímido alumno. Por ello tiene mayor relevancia su reconocimiento final:

*Alabado sea et bendito Dios glorioso por siempre, que me trujo a lugar donde viesse la concordia et amistad de aquello que la triste de la gente piensa que es discordie; et agora sé lo que se puede alcanzar naturalmente e lo que no se puede alcanzar sino por aquellos a los cuales Dios da gracia* (p. 402).

Se cumple así uno de los objetivos — entre otros — del diálogo: hacer triunfar una tesis por obra y gracia de la persuasión, a la que contribuye en gran medida la confrontación con tesis contrarias, frente a las cuales la primera sale usualmente indemne. Creemos razonable deducir que la *Visión* puede considerarse un diálogo didáctico, sin que ello suponga un desmesurado ensanchamiento del género. Pero, como es sabido, no siempre el diálogo lleva consigo la puesta en juego de la verdadera dialéctica (ver Gómez Gómez, 1988, p. 216).

**Unos misteriosos individuos.** — Analizar la obra de Alfonso de la Torre desde este presupuesto nos permite ver pormenorizadamente qué papel desempeñan los personajes en el desarrollo argumentativo, «qui est au dialogue ce que l'action est au roman ou à la pièce de théâtre» (Kushner, 1982, p. 41). Así que ahora podemos acercarnos a un aspecto que nos había llamado mucho la atención: la naturaleza de las objeciones planteadas por Entendimiento a las enseñanzas de sus maestras. Cuando Sabiduría le alecciona acerca de la providencia, Entendimiento pregunta por qué Dios no ordenó el mundo de manera que «no hubiere diformidad o variedad alguna» (p. 361); Sabiduría le refresca la memoria: «Si has bien mirado, ya respondí hablando de la bondad de Dios» (p. 362). El momento al que Sabiduría se refiere está en la p. 356: Entendimiento admite que Dios es sabio, pero no puede comprender que la maldad de las cosas sea aparentemente mayor que su bondad; entonces, Sabiduría nombra a unos misteriosos individuos: «E si les decís estas cosas a los voluntarios dicen que Dios bien lo pudiere facer sin estos inconvenientes», e intenta hacerle ver que este mundo es el mejor de los posibles, «que Dios lo fizo en la mejor manera que ser pudo, en la orden más conveniente» (*ibid.*). Varias veces encontramos situaciones parecidas, y especialmente virulenta es la conducta de Sabiduría para con su porfiado alumno en la p. 365, cuando este no termina de ver la razón por la cual ha de existir el ángel malo: «Y ¿cómo tanta inhabilidad está en tu cabeza et tanta grosería, que piensas que el ángel que guarda al hombre se muda del cielo...», etc. No nos extraña que, acto seguido, se traiga a colación de nuevo como ejemplo negativo a «los voluntarios», quienes no creerían «que el hombre tiene la razón, que es el ángel bueno, el cual es enviado del cielo, conviene a saber, de la inteligencia» (*ibid.*; aunque el texto está confusamente puntuado, creemos que la interpretación es correcta). Por no extendernos más, examinemos una última escena: más adelante, en su entrevista con Razón, Entendimiento

pregunta por qué Dios no hizo al hombre «tal que no pudiese pecar» (p. 387), y aventura que tal vez se debió a impotencia o envidia. La ira de Razón se desata: «Confuso sea el corazón y la boca absurda que presumen ni hablan haber en Dios glorioso impotencia ni otro defecto ninguno; y aquesta cuestión, si bien se te recuerda, ya la determinó la Sabiduría hablando del poderío et bondad de Dios, donde dijo que Dios podía hacer todas las cosas que eran posibles de ser...». En todos los casos, Entendimiento ha planteado la responsabilidad de Dios respecto a la existencia del mal y, en todos los casos, ha sido categóricamente rebatido. Al contrario de lo que afirma Ticknor, no parece que el autor asuma entonces la voz de Entendimiento (1851, p. 445); más bien se diría que pone en boca de este personaje las opiniones que pretende echar por tierra, máxime si leemos con atención las palabras dirigidas a Juan de Viamonte, tutor del príncipe de Viana, en el epílogo:

*Por tanto, señor, yo vos suplico quanto puedo, et demando de merced singular, que aqueste libro no pase en tercera persona, porque por ventura algún voluntario que no entendiese mi fin increparme hía, et sería yo sostenedor de pena sin merecimiento...*

¿Por qué este temor? Acaso porque, bajo la cobertura de un aparentemente inofensivo tratado de sabiduría para príncipes, circula como una corriente subterránea una disputa teológica: la planteada entre los que — en la línea de Platón, San Agustín o Duns Scoto — hacen de la voluntad, sea divina o humana, factor preponderante (es decir, los «voluntarios» o voluntaristas), y los que otorgan la primacía al intelecto — Aristóteles, Maimónides (ver Crawford, 1913 b) y Santo Tomás, a los que Alfonso de la Torre se suma. No olvidemos que Entendimiento — el intelecto — es el protagonista de la *Visión*, y que sólo después de un largo, trabajado viaje, y de arduos debates en los que se le ha ido despojando de erróneas creencias, *opta*, convencido, por creer en las verdades reveladas (ver *supra*).

Ahora podemos apreciar con justeza la indirecta descripción que, en el proemio, Torre hace del carácter de Viamonte: «et yo he parado mientes en la manera de vuestro dudar tan señalado et tan distinto por orden, et cuasi la mayor parte de la verdad parece ser ya en vuestro corazón concebida; ca no solamente preguntáis, mas argüís en una muy oculta et hermosa manera» (p. 340), así como la redundante justificación final: «que yo no lo fice [se refiere a la *Visión*] sino por declararvos las dudas que teníades» (p. 402), tras la que late la amenaza de los «mordedores envidiosos» (p. 340). Viamonte es el que, con su talante discutor, suscita la escritura de la obra y, a la vez, el destinatario — sin perjuicio de que para el príncipe de Viana el texto fuera un simple manual formativo — del entramado teológico que en la *Visión* se perfila. Peliagudo asunto, que explica parcialmente — y sólo parcialmente — el constante cultivo de lo que podríamos bautizar provisionalmente como «poética del escamoteo», y que hace de la *Visión* un diálogo

- impulsado por un prior aficionado a las disputas
- escrito por un bachiller exiliado (Crawford, 1913 a, p. 58) y, al parecer, temeroso
- destinado a inspirar futuras conversaciones, privadas y por lo tanto menos peligrosas, entre Alfonso de la Torre y su protector: «en algunos pasajes que no era lícito de hablar, yo dije que los encubría, por darvos ocasión de preguntar» (p. 402).

Sirvan, pues, estos apuntes como anticipo de posteriores trabajos, en los que nos ocuparemos más extensa e intensamente de los temas sugeridos y de otros que no tienen cabida aquí (\*).

(\*). Debo agradecer a Juan Manuel Díaz Sánchez (Instituto Social «León XIII». Madrid) sugerencias y orientaciones muy útiles para la confección de este estudio.

## Bibliografía

- AMADOR DE LOS RÍOS, José (1969; facsímil de la edición de 1865): *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos.
- CASTRO, Adolfo de (1950): *Visión delectable de la filosofía y artes liberales (...), compuesto por Alfonso de la Torre, bachiller*, en *Curiosidades bibliográficas*, B.A.E., 36, Madrid, Atlas (reimpresión).
- CRAWFORD, J. P. Wickersham (1913 a): «The Seven Liberal Arts in the *Visión Delectable* of Alfonso de la Torre», *The Romanic Review*, IV (1913), pp. 58-75  
— (1913 b): «The *Visión Delectable* of Alfonso de la Torre and Maimonides's *Guide of the Perplexed*», *Publications of the Modern Language Association of America*, XXVIII (1913), pp. 188-211.
- CURTIUS, E. Robert (1955): *Literatura Europea y Edad Media Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GÓMEZ GÓMEZ, Jesús (1988): *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra.
- JAUSS, Hans Robert (1970): «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poétique*, I, pp. 79-101.
- KUSHNER, Eva (1982): «Le rôle structurel du *locus amoenus* dans les dialogues de la Renaissance», *Cahiers de l'Association Internationale des Etudes Françaises*, 34, pp. 39-57.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1974, 4ª ed.; la primera, en 1880-82): *Historia de las ideas estéticas en España*, I, Madrid, C.S.I.C.  
— (1943; la primera edición, entre 1905 y 1910): *Orígenes de la novela*, I, Santander, C.S.I.C.
- MORSELLO, Casper Joseph (1965): *An Edition of the «Visión delectable de la Vida Bienaventurada» of Alfonso de la Torre*, Wisconsin, University — U.M.I.
- RICO, Francisco (1986): *El pequeño mundo del hombre*, Madrid, Alianza Editorial.
- SALVADOR MIGUEL, Nicasio (1977): *La poesía cancioneril. El «Cancionero» de Estúñiga*, Madrid, Alhambra.
- TICKNOR, Jorge (1851): *Historia de la literatura española*, traducida al castellano por Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia, Madrid, Rivadeneyra.